



CREO EN EL ESPÍRITU SANTO

8^a Reunión de la Comunidad Cristiana de Ntra. Sra. del Recuerdo. Mayo 2019

INTRODUCCIÓN

Hemos llegado al mes de mayo y con él cerramos nuestra dedicación al Credo durante el presente curso. En esta ocasión nos ocuparemos de la tercera persona de la Santísima Trinidad, el Espíritu Santo. También seguiremos tomando como referencia el libro de José Ignacio González Faus *Confío*, centrándonos en el punto 2.3 “**Creo en el Espíritu Santo**”, págs. 97 a 107, páginas cuya lectura atenta aconsejamos vivamente, precisamente por ser el Espíritu Santo parte esencial de nuestro Credo repetido una y otra vez en nuestra celebración de la Eucaristía dominical. Y por ello mismo se hace necesario que comprendamos qué queremos decir cuando hacemos esa afirmación, entender a qué aludimos cuando nos referimos al Espíritu Santo.

I. PRESENTACIÓN DEL TEMA

Los cristianos nos dirigimos a Dios cuando le llamamos Padre, o cuando nos referimos al Hijo, Jesús, Segunda Persona de la Santísima Trinidad, o cuando decimos “el Señor”. Normalmente nos resulta fácil referirnos a Dios de esas maneras porque tenemos construidas representaciones mentales ligadas a todas esas acepciones. Pero nos es más difícil hacer lo mismo con el Espíritu Santo, precisamente porque no podemos construir una representación mental figurativa, una imagen. Y precisamente porque es irrepresentable es por lo que en las Escrituras a veces se nos habla del Espíritu como “brisa suave”, según vemos, por ejemplo, en el texto de I Re al que vamos a aludir después.

II. PUNTOS PARA ORAR, REFLEXIONAR Y COMPARTIR

El Espíritu Santo en las Escrituras y en la Tradición

En las Escrituras del Antiguo Testamento el Génesis nos habla del “*Espíritu de Dios aleteando sobre la superficie de las aguas*” en la creación del mundo (Gn 1,2), y también al hablarnos de la creación del hombre, cuando nos dice que el Creador, tras **modelarle** con arcilla del suelo, “*sopló en su nariz aliento (ruaj)¹ de vida y el hombre se convirtió en ser vivo*” (Gn. 2:7). Con

¹ *Ruaj* en hebreo significa aliento y espíritu. De modo semejante, ocurre con *pneuma* en griego y *spiritus* en latón

ello nos muestra a Dios con todo su **poder creador** en los orígenes de todo lo que existe.

Más tarde seguimos encontrando referencias al Espíritu de Dios a lo largo de todo el Antiguo Testamento cuando se manifiesta y deja rastro de su presencia en quien se aproxima a Él. Así, Job nos relata su experiencia: "*El soplo de Dios me hizo, el aliento del Todopoderoso me dio vida*" (Jb 33:4), o Elías, que nos habla de su encuentro con el Señor en el monte Horeb cuando siente que pasa junto a él:

"Sopló un viento huracanado que partía las montañas y resquebrajaba las rocas delante del Señor. Pero el Señor no estaba en el viento. Después del viento, hubo un terremoto. Pero el Señor no estaba en el terremoto. Después del terremoto, se encendió un fuego. Pero el Señor no estaba en el fuego. Después del fuego, se oyó el rumor de una brisa suave. Al oírla, Elías se cubrió el rostro con su manto, salió y se quedó de pie a la entrada de la gruta. Entonces le llegó una voz, que decía: "¿Qué haces aquí, Elías?". (1R 19, 11-13).

Las referencias al Espíritu Santo aparecen tanto en el Antiguo Testamento como en el Nuevo Testamento, puesto que el Espíritu es el mismo Dios, y las obras del Espíritu Santo son las obras del mismo Dios.

En los Evangelios aparece siempre el Espíritu vinculado a Jesús. **Lucas** nos relata la anunciaciación del ángel Gabriel a María diciéndole: "*El Espíritu Santo vendrá sobre ti y el poder del Altísimo te hará sombra; por eso, el consagrado que nazca llevará el título de Hijo de Dios*" (Lc.1:35).

Del mismo modo, el Espíritu aparece vinculado a Jesús con una relación íntima en la escena del bautismo relatada por **Mateo**: "*Después de ser bautizado, Jesús salió del agua y en ese momento se abrió el cielo y vio al Espíritu de Dios que bajaba como una paloma y se posó sobre él. Se escuchó una voz del cielo que decía: Éste es mi hijo querido, mi predilecto*" (Mt. 3, 16-17). Ahí Mateo nos ofrece la imagen de una paloma para representarnos al Espíritu con una imagen que podemos reconocer.

Lucas también nos anima a elevar nuestras peticiones al Señor, y pone en palabras de Jesús una promesa: "*Pedid y se os dará, buscad y encontraréis, llamarad y os abrirán (...) Pues si vosotros, con lo malos que sois, sabéis dar cosas buenas a vuestros hijos, ¡cuánto más vuestro Padre del cielo dará el Espíritu Santo a quienes lo pidan!*"

En el evangelio de **Juan** encontramos el diálogo que Jesús mantuvo con la Samaritana, y le anuncia (nos lo anuncia a todos nosotros) la vida eterna: "*Pero llega la hora, ya ha llegado, en que los que dan culto auténtico darán culto al Padre en espíritu y de verdad. Tal es el culto que busca el Padre. Dios es Espíritu y los que le dan culto deben hacerlo en espíritu y en verdad*" (Jn. 4, 23-4).

En Juan 3,8 Jesús le aclara a Nicodemo, y con él a todos los creyentes, lo que ha querido decir con eso de “nacer de nuevo”, y nos dice: “*A menos que uno nazca del agua y el Espíritu no puede entrar en el Reino de Dios. De la carne nace la carne, del Espíritu nace el Espíritu (...) El viento sopla donde quiere, oyen el ruido, pero no sabes de dónde viene ni adónde va. Eso pasa con todo el que ha nacido del Espíritu*”. El Espíritu sopla donde quiere, y nadie ni nada puede prever ni controlar su presencia. Eso depende de la voluntad de Dios, y además es necesario que las personas pongamos nuestra apertura a Dios para que el Espíritu actúe en nosotros, hemos de abrirnos a la posibilidad de “nacer de nuevo”. La fe depende de esa íntima conexión.

Después de la muerte y resurrección de Jesús los evangelios nos hablan del Espíritu Santo de una manera especialmente intensa en las apariciones a los discípulos. Después de sus apariciones, dice a los discípulos que se habían reunido: “**recibiréis la fuerza del Espíritu Santo** que descenderá sobre vosotros... *Dicho esto, le vieron subir hasta que una nube lo ocultó.* (Hch. 1, 7-9)

Con su narración de la ascensión el autor de Hechos nos quiere decir que Jesús no nos deja solos cuando asciende a los cielos, aunque el Señor ya no estará en lo sucesivo accesible a los ojos humanos, ya que con su muerte permanecerá oculto para siempre a nuestros sentidos, nos envía su Espíritu, el Espíritu Santo, y de esa forma nos deja su presencia dentro y fuera de cada uno de nosotros.: “*Lo que os he dicho os ha llenado de tristeza; pero os digo la verdad: os conviene que yo me vaya. Si no me voy, no vendrá a vosotros el Valedor; si me voy, os lo enviaré*” (Jn. 16, 6-7).

Es por todo ello por lo que en la **Tradición de la Iglesia** ya aparece incluido el Espíritu Santo en el Símbolo de los Apóstoles, inclusión que está reafirmada en el Credo que elaboró el Concilio de Nicea (a.325) primero, y más tarde en el del Concilio de Constantinopla (a.381), donde queda perfectamente señalado que “*El Espíritu Santo es de la misma esencia que el Padre y el Hijo*”, que no está en tercer lugar en importancia, sino al mismo nivel que el Padre y el Hijo y compartiendo la misma realidad.

El Espíritu Santo es Amor

En los temas relativos al Credo que elaboró nuestra Comunidad en abril del año 2009 se hacía hincapié en que El Espíritu es la manifestación del Amor de Dios, el Amor absoluto, Dios mismo habitando en el corazón del hombre, de todo hombre, de toda cultura y de todo tiempo. “Estoy persuadido – señala con toda rotundidad San Pablo- de que ni muerte ni vida, ni ángeles ni potestades, ni presente ni futuro, ni poderes ni altura ni hondura, ni criatura alguna nos podrá separar del amor de Dios manifestado en el Mesías Jesús, Señor nuestro” (Rm. 9,38-39). “Y si el Espíritu que resucitó a Jesús de la muerte habita en vosotros, el que resucitó al Mesías de la muerte dará vida a vuestros cuerpos mortales, por el Espíritu suyo que habita en vosotros” (Rm. 8:11)

Todos tenemos experiencia de amar, de ser amados, o por desgracia de falta de amor. No puede haber vida en el Espíritu sin amor. Hans Urs Von Balthasar nos dice en su libro *Sólo el Amor es digno de fe*: "los que aman son los que más saben de Dios, es a ellos a quienes los teólogos tienen que escuchar".

Vivir en el espíritu es vivir en el Amor de Dios, es comunicarlo, es hacerlo creíble para los demás. Nuestra vida es el camino hacia Dios y todo en ella ha de ser para su alabanza. Es el Espíritu el que actúa, muchas veces a través de cosas que pueden parecer insignificantes, pero que nos hacen sentir que nuestras vidas están en sus manos y nos llevan a fiarnos de Dios. El Espíritu Santo de Dios es el que movió a Jesús, el que nos sostiene, nos anima y nos ayuda aunque la vida esté llena de contrasentidos y de dolor.

Según palabras de H. Küng en su libro "Credo", "*El Espíritu es "santo" en cuanto que se distingue del espíritu no-santo del hombre y en cuanto que ha de ser considerado como Espíritu del Único santo de Dios. El Espíritu Santo es (...) Es Dios mismo, en tanto en cuanto se halla cerca de los hombres y del mundo, más aún, dentro de ellos*"², *es Dios que se hace presente y próximo, es Dios que actúa tanto dentro como fuera de nosotros. Es por su acción por lo que sentimos a Dios en medio de todos los que creemos en Él*".

¿Cómo descubrimos hoy el Espíritu? No lo vemos y lo expresamos muy torpemente, es una realidad muy superior a nosotros y las palabras se quedan muy cortas para describirlo. Pero si hay algo evidente, es su acción en el hombre. El Espíritu nos comunica sus dones y es a través de ellos como se hace patente en nuestra realidad personal y comunitaria.

Los dones del Espíritu Santo

El Espíritu nos asiste con sus dones y los reparte según su voluntad. La catequesis tradicional de la Iglesia nos ha solidado hablar de los dones del Espíritu Santo basándose en el texto de Isaías: "*Pero retoñará el tocón de Jesé, de su cepa brotará un vástago sobre el cual se posará el Espíritu del Señor: espíritu de sensatez e inteligencia, espíritu de valor y de prudencia, espíritu de conocimiento y respeto del Señor*" (*Is. 11, 1-2*). A ellos se ha referido recientemente el Papa Francisco en alocuciones sucesivas que realizó entre el 9 de abril y el 11 de mayo del año 2014, y que se pueden encontrar en diversos medios de publicación así como en **youtube**. Nos vamos a referir a estas alocuciones dado su carácter actual y práctico.

Sabiduría. El Papa Francisco nos explicó que: "La sabiduría es el don del Espíritu que nos permite ver todo con los ojos de Dios, sentir como Dios y hablar con sus palabras. No se trata de la sabiduría meramente humana, este don viene de la intimidad con Dios, de la relación de hijos con el padre.

² Hans Küng, *Credo* (Trotta, Madrid 1997) pp. 127-128

Cuando tenemos esta relación con Dios, el Espíritu Santo nos da el don de la sabiduría. Y cuando estamos en comunión con el Señor, el Espíritu Santo es como si transfigurase nuestro corazón y le hiciera percibir todo su calor y su predilección”, fruto del conocimiento y la experiencia”.

El Espíritu es el intérprete de las palabras de Jesús: *“Cuando venga el Espíritu de la verdad, os iluminará para que podáis entender la verdad completa”* (Jn 16,12-14).

Inteligencia. El don de la inteligencia está muy relacionado con el de la sabiduría. El Papa nos recuerda que el don de la inteligencia es una gracia que sólo el Espíritu Santo puede comunicar: “no se trata de la inteligencia humana o de la capacidad intelectual de la que podemos estar más o menos dotados. Es una gracia que sólo el Espíritu Santo puede infundir y que despierta en el cristiano la capacidad de ir más allá de la apariencia exterior de la realidad y escudriñar en las profundidades del pensamiento de Dios y de su designio de salvación”.

El Papa retoma las palabras que el Apóstol Pablo dirige a la Comunidad de Corinto cuando se refiere al don de la inteligencia: “Esas cosas que los ojos no ven, que los oídos no escuchan y que nunca entrarán en el corazón del hombre, Dios las ha preparado para aquellos que le aman, y que a nosotros Dios nos ha revelado por medio del Espíritu Santo”. (Cor. 2:9)

Si seguimos leyendo la carta de Pablo, encontramos: “El hombre meramente natural no acepta lo que procede del Espíritu de Dios, pues parece locura; y tampoco puede entenderlo, porque sólo se discierne espiritualmente” (1Cor. 2:14). Y naturalmente, con la gracia del Espíritu.

Consejo. El Papa Francisco al hablar sobre el don del consejo nos dice que por causa de él el Señor nos aconseja y nos habla interiormente. Así como en los momentos delicados de nuestra vida contamos con lo que nos sugieren las personas sabias que nos quieren, también podemos contar, a través del don del consejo, con la ayuda del mismo Dios, que con su Espíritu ilumina nuestro corazón para que comprendamos el modo justo de hablar y sepamos comportarnos en diversas situaciones de nuestra vida.

Fortaleza. El Papa nos alienta a los fieles a pedirle a Dios el don de la fortaleza, porque es el que nos sostendrá en los momentos difíciles –incluso a costa de la propia vida-, tal como hace con los innumerables santos cotidianos que brinda a la Iglesia:

“Hoy no faltan cristianos que en tantas partes del mundo continúan celebrando y testimoniando su fe con profunda convicción y serenidad y resisten también cuando saben que esto puede costar un precio muy alto. También nosotros, todos nosotros conocemos gente que ha vivido situaciones difíciles, con tantos dolores. Pensemos en aquellos hombres y en aquellas mujeres que llevan una vida difícil, luchan por llevar adelante la familia, educar a los hijos, pero esto lo hacen porque está el Espíritu de la Fortaleza que los ayuda”

Ciencia. El 21 de abril del 2014 Francisco nos dijo: "otro don del Espíritu Santo, es el don de ciencia. Cuando se habla de ciencia, el pensamiento va inmediatamente a la capacidad del hombre de conocer siempre mejor la realidad que lo circunda y de descubrir las leyes que regulan la naturaleza y el universo. Pero la ciencia que viene del Espíritu Santo no se limita al conocimiento humano: es un don especial que nos lleva a percibir, a través de la creación, la grandeza y el amor de Dios y su relación profunda con cada criatura.

Cuando nuestros ojos son iluminados por el Espíritu Santo, se abren a la contemplación de Dios, en la belleza de la naturaleza y en la grandiosidad del cosmos, y nos llevan a descubrir cómo cada cosa nos habla de Él, cada cosa nos habla de su amor. Todo esto suscita en nosotros gran estupor y un sentido profundo de gratitud. Frente a todo esto, el espíritu nos lleva a alabar al Señor desde lo más profundo de nuestro corazón y a reconocer, en todo lo que tenemos y somos, un don inestimable de Dios y un signo de su infinito amor por nosotros".

Piedad. El Papa nos aclara que este don no se identifica con tener compasión hacia alguien, hacia el prójimo, sino que indica nuestra pertenencia a Dios y nuestro vínculo profundo con Él, un vínculo que da sentido a toda nuestra vida y que nos mantiene firmes, en comunión con Él, también en los momentos más difíciles y preocupantes. Este vínculo con el Señor no se entiende como un deber o una imposición, es un vínculo que viene de dentro. Se trata, sin embargo, de una *relación vivida con el corazón*: es nuestra amistad con Dios, donada desde Jesús, una amistad que cambia nuestra vida y nos colma de entusiasmo, de alegría.

Por esto, el don de la piedad suscita en nosotros, sobre todo, la gratitud y la alabanza. Es el motivo y el *sentido más auténtico de nuestro culto y de nuestra adoración*. Cuando el Espíritu Santo nos hace percibir la presencia del Señor y todo su amor por nosotros, nos conforta el corazón y nos mueve casi de forma natural a la oración y a la celebración".

San Pablo nos dice: "*Vivid en constante oración y súplica guiados por el Espíritu*" (Ef 9,18)

Temor de Dios. Temor no es sinónimo de miedo, porque sabemos que Dios es nuestro padre, que siempre nos ama y también siempre nos perdona. Cuando el Espíritu Santo habita en nuestro corazón, nos infunde consuelo y paz. Es la actitud de la persona que deposita toda su confianza en Dios y se siente protegida, como un niño con su papá. Este don del Espíritu Santo nos hace experimentar que no estamos sometidos al Señor por miedo, sino protegidos por su amor de padre. Explicó que es como una "alarma". "Cuando una persona no anda por buen camino,... el santo temor de Dios llama la atención: Así no serás feliz, así terminarás mal... y no te podrás llevar nada ni de tu dinero, ni de tu vanidad, ni de tu poder, ni de tu orgullo, que el temor de Dios nos permita comprender que un día todo terminará y que deberemos dar cuenta de todo ello a Dios".

El temor de Dios es la experiencia de Moisés ante la zarza ardiendo que le hace descalzarse porque está en la presencia de Dios. Es sentirnos pequeños ante su infinitud.

También la Iglesia ha hecho referencia a los **Frutos del Espíritu**, basándose sobre todo en lo que dice San Pablo en su carta a los Gálatas, donde contrapone las obras de la carne con los frutos del Espíritu: "Las acciones del instinto son manifiestas... *Por el contrario, el fruto del Espíritu es amor, gozo, paz, paciencia, amabilidad, bondad, fidelidad, modestia, dominio propio. Contra eso no hay ley que valga*" (Gal. 5, 19-23)

Todo aquél que se abre a la intervención del Espíritu de Dios permite ser transformado por él, el Espíritu dará sus frutos en él: "*Plantad un árbol bueno y dará fruto bueno; plantad un árbol enfermo y dará fruto dañado. Pues por el fruto conoceréis al árbol*". (Mt.12, 33)

II. CUESTIONES PARA COMPARTIR EN EL GRUPO

- 1** En los momentos difíciles de mi vida, en mis situaciones dolorosas, ¿Acudo al Espíritu Santo? ¿Cómo es mi relación con Él?
- 2.** Después de leer estos textos, ¿puedo comprender mejor a qué hacen referencia los dones y los frutos del Espíritu Santo? ¿Puedo aportar alguna experiencia que haya tenido en relación con ellos?

III PARA ORAR EN LA REUNIÓN DE GRUPO

A. Invocación inicial:

En el nombre del Padre, del hijo y del Espíritu Santo

Para vivir bien es sumamente importante que pidamos la luz del Espíritu Santo y enfrentemos con coraje y sinceridad nuestros miedos, aunque precisamente nos cause terror encontrarnos con nuestros propios miedos. Porque cuando uno esconde sus temores, o pretende apagarlos sólo haciendo fuerza, pero sin mirarlos de frente, puede llegar a olvidar lo que le causaba miedo, pero ese temor no se va. Se convierte en un miedo etéreo, difuso, presente a cada momento, que se deposita en cualquier cosa; y así ya no sabe bien a qué le tiene miedo, y comienza a sentir temor por cualquier cosa, a perder la alegría de la vida sin saber bien por qué.

De ahí que sea muy sano ponernos en oración, invocar con deseos al Espíritu Santo, y decirle, en voz alta, a qué le tenemos miedo, reconocerlo sin vueltas. Luego, tratar de ir despertando poco a poco la confianza en la acción del Espíritu, ofreciéndole cada área de nuestra vida, pidiéndole que él se apodere de todos los sectores de nuestra existencia con su poder infinito.

Imaginemos cómo el Espíritu Santo, con su luz, su potencia y su fuego, va dando firmeza a esas partes frágiles que quisimos sostener sólo con nuestras pobres fuerzas humanas.

Amén

B. Lectura del texto bíblico. (Jn 16, 6-15)

La obra del Espíritu.

“Lo que os he dicho os ha llenado de tristeza; pero os digo la verdad: os conviene que yo me vaya. Si no me voy, no vendrá a vosotros el Defensor, pero si me voy, lo enviaré a vosotros. Cuando él venga, convencerá al mundo de un pecado, de una justicia, y de una sentencia: el pecado, que no han creído en mí; la justicia, que yo voy al Padre y no me veréis más; la sentencia, que el príncipe de este mundo ya ha sido sentenciado.

Muchas cosas me quedan por deciros, pero ahora no podéis comprenderlas. Cuando venga él, el Espíritu de la verdad, os guiará hasta la verdad plena. Porque no hablará por su cuenta, sino que dirá lo que ha oído y os anunciará el futuro.

Él me dará gloria porque recibirá de lo mío y os lo explicará. Todo lo que tiene el Padre es mío, por eso os dije que recibirá de lo mío y os lo explicará.”

C. Espacio de oración personal

Tiempo de silencio para interiorizar la palabra, y en su caso, libremente, oración en voz alta de los miembros que lo deseen. Si se quiere, se puede expresar en voz alta cuales son los miedos individuales que hemos visto en la oración y ponerlos en manos del Espíritu Santo para su sanación y nuestra liberación.

D. Oración compartida (A propósito del tema, y con la cercanía de la celebración de Pentecostés, utilizaremos la secuencia del Espíritu Santo que rezamos durante esa Solemnidad.)

Secuencia del Espíritu Santo

Ven Espíritu Divino,
manda tu luz desde el cielo.
Padre amoroso del pobre;
don, en tus dones espléndido;
luz que penetra las almas,
fuente del mayor consuelo.

Ven, dulce huésped del alma,
descanso de nuestro esfuerzo,
tregua en el duro trabajo,
brisa en las horas de fuego,
gozo que enjuga las lágrimas
y reconforta en los duelos.

Entra hasta el fondo del alma,
divina luz, y enriquecenos.
Mira el vacío del hombre

si tú le faltas por dentro;
mira el poder del pecado
cuando no envías tu aliento.

Riega la tierra en sequía,
sana el corazón enfermo,
lava las manchas,
infunde calor de vida en el hielo,
doma el espíritu indómito,
guía al que tuerce el sendero.

Reparte tus siete dones
según la fe de tus siervos.
Por tu bondad y tu gracia
dale al esfuerzo su mérito;
salva al que busca salvarse
y danos tu gozo eterno. Amén

Oración final:

Ven Espíritu Santo, para que aprenda a vivir con libertad interior. Ayúdame a desprenderme de mis planes cuando la vida los modifique. Toca mi corazón para que confíe en tu protección amorosa. Serás mi poderoso Salvador en medio de toda la dificultad. Derrama en mí tu vida, intensa y armoniosa, para que no me resista al cansancio, al desgaste, a los cambios, y para que no busque falsas seguridades. Enséñame a aceptar con serenidad y fortaleza los límites variados de cada día y las cosas imprevistas. Libérame de toda resistencia interior contra la realidad. Ayúdame a confiar, Espíritu Santo, sabiendo que también de los males puedes sacar algo bueno. Enséñame a vencer mis nerviosismos y tensiones, para enfrentar con calma y seguridad interior todo lo que me suceda. Destruye toda desconfianza para que pueda descansar en tu presencia, entregarme en tus brazos, sin pretender escapar de tu mirada de amor.

Vive conmigo, Señor, enfrenta conmigo los desafíos y las dificultades que ahora tengo que resolver. Porque contigo todo terminará bien.

Ven Espíritu Santo. Amén.

(Víctor M Fernández)